

RIGOR Y CREATIVIDAD EN LA TRADUCCIÓN TÉCNICA

Kurt SPANG
Universidad de Navarra

BIBLID [0213-2370 (1997) 13-1; 102-117]

Después de una sucinta distinción entre la traducción literaria y la técnica, se reseñan algunos aspectos definitorios de la traducción en general. La mayor parte del trabajo se dedica a la traducción técnica, sus particularidades y dificultades, situadas ante todo en el ámbito del vocabulario, pero también se mencionan algunas características morfológicas y sintácticas. Dadas las particularidades de los textos teóricos, el traductor debe moverse constantemente entre el rigor y la creatividad.

After a short distinction between literary and technical translation, this article tries also to define translation as such. The major part of the paper is dedicated to technical translation, its properties and difficulties, above all the lexical ones, but there are glances at morphological and syntactical problems too. Being aware of the special characteristics of technical texts the translator is permanently moving between rigour and creativity.

En una época de acelerado acercamiento entre las naciones, en tiempos de una inevitable, aunque turbulenta construcción de «la casa de Europa», el contacto entre cada vez más idiomas va a ser inevitable y necesario; con ello, el establecimiento de puentes lingüísticos bien orales, como en la interpretación, bien escritos, como en la traducción, será habitual e imprescindible. Dada la preponderancia de lo económico en las relaciones en el mercado único y fuera de él, con seguridad las necesidades de traducciones documentales y técnicas y, por tanto, de traductores de textos de esta índole va a ser infinitamente mayor que las de traductores de textos literarios. Pero vayamos por partes.

RILCE, 13-1, 1997, 102-117

Un intento de distinción

La distinción entre diferentes tipos de traducciones es en el fondo una distinción que se debe establecer ya en una fase previa a la traducción misma, porque se trata de una distinción entre textos de diversa índole. La bipartición entre textos documentales, entre los cuales se incluyen los técnicos, y textos literarios, introducida por el «traductólogo» Valentín García Yebra (39) sólo resulta aparentemente superficial pero no deja de ser operativa, si después se añaden las pertinentes subdivisiones. Evidentemente pueden establecerse subgrupos más numerosos en el apartado de los textos documentales que en el de los literarios –aunque allí tampoco falta la variedad–; sin embargo, con ello se distinguen también dos formas muy divergentes de traducción, con unos modos y unas finalidades no menos diversas.

Acercamiento definitorio

La primera necesidad definitoria se establece ya en la antecámara, es decir, en la distinción entre traducción e interpretación, o mejor dicho, entre la vertiente oral y la escrita del traslado de un idioma de salida a otro idioma de llegada. Pero la forma oral de la «transidiomatización» no nos interesa en el marco de este artículo. Aquí interesa un acercamiento a la forma escrita, que comúnmente se suele designar como traducción.

A la teoría de la traducción en general y a la traducción literaria en particular se dedican numerosos estudiosos como demuestra la creciente bibliografía sobre esta disciplina. Sin embargo, llama la atención la relativa escasez de publicaciones referidas a la traducción técnica. Ha quedado marginada a pesar de que el volumen de las traducciones técnicas o documentales sea infinitamente mayor. En tiempos del creciente comercio e intercambio tecnológico internacional y del naciente mercado

único dentro de la comunidad polilingüe europea serán cada vez más imperiosas las reflexiones sobre los procedimientos y dificultades de un tipo de traducción que acusa además unos niveles de calidad que con frecuencia dejan mucho que desear.

Si es acertada la definición de la traducción de Ch.R. Taber y E.A. Nida quienes sostienen que «La traduction consiste à reproduire dans la langue réceptrice le message de la langue source ou moyen de l'équivalent le plus proche et le plus naturel, d'abord en ce qui concerne le sens, ensuite en ce qui concerne le style.» (11), nos debemos preguntar si esta definición y otras de índole general son aplicables también a lo que se suele llamar traducción técnica o documental.

Hay fundadas razones para sostener que el «genio» de cada lengua es único e irrepetible, que cada nación vierte toda su idiosincrasia, su sentir y su cosmovisión en su idioma y por consiguiente, los intentos de trasladar este «genio» al de otros idiomas está ineludiblemente condenado al fracaso. En efecto, no cabe duda que nunca será posible reflejar minuciosamente y hasta en los últimos matices las particularidades de un idioma en algún otro, un idioma no puede ser nunca la fiel traducción de otro, las lenguas no nacieron como imitaciones de una matriz única, incluso si constituyen en cierta medida ramificaciones de un tronco ancestral, llámese, por ejemplo, indoeuropeo o latín. Sin embargo, no son por ello inefables, siempre permanecen rasgos comunes de cosmovisión y por tanto de designaciones afines y similares que permiten la traslación y adaptación de contenidos y significados.

Por ello ya quedan pocos defensores del solipsismo lingüístico y con ello de la intraducibilidad de las lenguas como lo sostuvo Maurice Blanchot, de la forma más llamativa en su ya clásico *Faux pas* y por si quedaban algunas dudas, las eliminó Eugenio Coseriu con su magistral estudio «Lo erróneo y lo acer-

tado en la teoría de la traducción», quien introduce por primera vez, que yo sepa, el concepto de los medios extralingüísticos en la disciplina de la ciencia de la traducción afirmando que «sólo se traducen textos y los textos no se elaboran sólo con medios lingüísticos, sino también con la ayuda de medios extralingüísticos» (220). Subraya además el carácter radicalmente finalista de la traducción, lo que implica que los criterios de evaluación de su calidad varían según las necesidades por las cuales se realiza. Coseriu precisa el quehacer del traductor de la siguiente manera: «En la traducción se trata de expresar “un mismo *contenido textual* (= de texto) en lenguas diferentes.” Ahora bien, puesto que los contenidos de las lenguas (o ‘idiomas’) son distintos, mientras que el contenido traducido debe ser ‘el mismo’, este contenido no puede ser idiomático, sino sólo *inter- o supra-idiomático*» (220). En la práctica lingüística esto significa que el traductor ha de «reproducir, no el mismo significado (se debe tener en cuenta que el término “significado” se utiliza aquí como conjunto de medios expresivos), sino *la misma designación y el mismo sentido* con los medios de otra lengua» (222). De este modo, Coseriu llega a la conclusión de que toda traducción procede por dos vías consecutivas y complementarias. «La traducción es *semasiología y onomasiología implícitas*, pero *semasiología y onomasiología de los textos*, no de las lenguas» (222). Ese «hablar por medio de otra lengua y con un contenido ya dado» (223) consiste por tanto en reconocer en el texto de partida las designaciones y sentidos en un acercamiento semasiológico y de hallar a continuación en la lengua de llegada las expresiones y los significados adecuados en un proceso onomasiológico. El único problema que puede surgir en este ciertamente muy complejo proceso de la traducción es la eventual inexistencia de expresiones y significados equivalentes en una determinada lengua. Por ejemplo, la falta de un significado para *nieve* en comu-

nidades lingüísticas donde no existe este fenómeno, lo mismo que, *chirimoya*, *kiwi*, *gorgonzola*, *Coca-Cola* o *cheese-burger* u otros avances de la civilización.

Aunque la definición que acabo de esbozar puede servir de base, se hace imprescindible una puntualización. Distintos tipos de textos requieren distintos tipos de traducción; por ello dije al principio que resulta útil la bipartición establecida por García Yebra entre texto y traducción documentales y texto y traducción literarias con numerosas subdivisiones posibles que es fácil de imaginar con una simple ojeada a la diversidad de textos documentales con los que nos enfrentamos a diario, baste una brevísima enumeración: textos jurídicos, técnicos, comerciales, científicos, periodísticos, religiosos, filosóficos, históricos, etc. Entre los textos y traducciones documentales se halla también la especie en la que pretendo centrar mi interés en estas líneas: en la traducción técnica.

Deslinde

Obviamente, no puede haber argumento en contra de la posibilidad de la traducción técnica; además, *contra facta non valent argumenta*, cada día se producen miles y miles de traducciones técnicas. Y en la época de las empresas multinacionales podemos dar por seguro que de una forma u otra entramos diariamente en contacto con traducciones técnicas desde las instrucciones de uso de un aparato hasta las designaciones de numerosos productos, desde el *elepé* hasta la *hamburguesa*.

Sin embargo, cabe preguntarse cuáles son los rasgos distintivos que caracterizan y diferencian la traducción técnica de otros tipos de traducción como la literaria o la científica. Suena a perogrullada si se adelanta que los emisores o productores de textos técnicos son personas relacionadas, en su inmensa mayoría, con el mundo de la técnica, sin embargo, esta condición de especia-

listas en una disciplina genera unas configuraciones textuales muy particulares desde el punto de vista léxico y morfosintáctico y que, además, repercuten naturalmente en la labor del traductor, como veremos más adelante.

Los receptores de las traducciones técnicas

Cualquier emisor hace bien en tener en cuenta el o los receptores de su mensaje, lo enseña ya la retórica clásica; ahora bien, esta recomendación es particularmente importante para el traductor y de más trascendencia aún para el traductor técnico. En efecto, en su labor se pueden distinguir dos tipos de receptores claramente contrastables: en primer lugar, los receptores expertos, los técnicos mismos. Se supone que ellos poseen unos conocimientos más o menos exhaustivos, o por lo menos equiparables a los del emisor; y, en segundo lugar, los receptores inexpertos, no especializados, que no dominan ni los conocimientos ni la jerga de los profesionales. No es este el lugar para comentar las calamidades lingüísticas de no pocas instrucciones de uso y folletos publicitarios, que tampoco se pueden atribuir siempre a la incompetencia de los traductores, ni es de su incumbencia el subsanar las formulaciones de la lengua de partida, frecuentemente muy por encima de las capacidades de comprensión de un lego.

Todo traductor, el literario quizá aún más que el técnico, se ve continuamente atrapado por el dilema de la fidelidad al original y la libertad de traducción. El problema es más truculento todavía: si el traductor es un buen estilista con dotes expresivas sobresalientes, ¿le está permitido «intervenir» en el texto original para «mejorarlo» si resulta obviamente defectuoso o deficiente? La deontología del traductor entra en colisión con la estética o la sensibilidad.

De todas maneras, el traductor debe tener en cuenta las eventuales dificultades de comprensión de los destinatarios y buscar

los significados adecuados en la lengua de llegada, procurando por lo menos que se respeten sus normas gramaticales. Recientemente, leyendo el menú de un restaurante de la Costa del Sol, quedé sorprendido por un plato ciertamente exótico y no poco antropófago que se titulaba: *Gegrilte Haendchen mit Pomfritz*; (en español algo como «Manitas asadas con Pomfederico» y prescindiendo por ahora de un comentario de las faltas de ortografía). Como hábil traductor descubrí que debía tratarse de un *Gegrilltes Hühnchen mit pommes frites*, es decir, «Pollo asado con patatas fritas». Aquí se revelan, aunque sea en un nivel jocoso, las truculencias a las que puede verse sometido el traductor, dado que este mismo plato del menú es intraducible. Primero, porque las faltas de ortografía son imposibles de traducir; segundo, porque la confusión involuntaria causada por esta misma falta de ortografía pierde toda su gracia al ser vertida al idioma de llegada. Lo único salvable es quizá lo que pueda expresarse a través de la mera transferencia del contenido: el autor del menú ofrece en alemán unas «manitas asadas» con patatas fritas que llama «Pomfritz» transcribiendo deficientemente la designación francesa «pommes frites». Urge añadir que la voz «Händchen» en alemán posee una significación más restringida que «manitas» en español, dado que en alemán se aplica únicamente a la mano humana.

Resumiendo y volviendo al mencionado deslinde de los receptores, se deduce una posible tipología de los textos técnicos con evidentes repercusiones en la labor de los traductores. Se observan, en primer lugar, textos caracterizados por un afán de esencialización lingüística, o, dicho de otra forma, un aprovechamiento máximo de los valores informativos y denotativos del lenguaje, que se exterioriza en la frecuencia de siglas, fórmulas, tecnicismos y formulaciones sucintas y concisas; en términos retóricos, se persigue el ideal de la *brevitas*, sin poder evitar siempre los defectos de la *obscuritas*.

El segundo grupo de textos técnicos se destina a lectores no expertos; ostentan una intención divulgadora y directamente utilitaria; buscan, por tanto, unas formulaciones menos elípticas y esencialistas, un vocabulario más accesible al usuario no especializado, aunque aquí también tropezamos no pocas veces con alambicaciones lingüísticas que recuerdan las críticas de H. Enders en un artículo sobre «El coche transcendental», artículo que vitupera el lenguaje intencionalmente pseudocientífico y altisonantemente tecnológico de los prospectos y anuncios de coches.

Dificultades específicas de la traducción técnica

André Gide recomienda en su carta a André Thérive que «un bon traducteur doit bien savoir la langue de l'auteur qu'il traduit, mais mieux encore la sienne propre, et j'entends par là: non point être capable de l'écrire correctement, mais en connaître les subtilités, les souplesses, les ressources cachées» (168). ¿Son éstas las capacidades que se requieren también del traductor técnico? dado que las exigencias de Gide se refieren sin duda al traductor literario. Es obvio que el traductor técnico debe dominar también a la perfección los idiomas que traduce y el suyo propio, pero es más, debe conocer también, en la medida de lo posible, la materia de la que tratan los textos que trabaja, porque son textos referenciales, textos que remiten a una realidad existente y no pocas veces compleja. En el fondo, se exige la pericia comparable al ideal del hombre culto del Renacimiento, la exigencia del *rerum omnium peritum esse*. Georges Mounin lo formula así: «pour traduire, il ne suffit pas de connaître les mots, il faut connaître les choses dont parle le texte à traduire (...) Vielle idée des interprètes, affirmant que pour interpréter les interventions russes dans un congrès de chimie organique, par exemple, il est

important de savoir le russe, mais plus encore la chimie organique» (44). Nos hallamos ante un imposible, dada la inabarcable amplitud de las disciplinas de la técnica y la inquietante y galopante especialización en cada una de ellas, por lo menos en su alcance científico e investigador, pero también en los cada vez más complejos procesos de fabricación. Si el traductor trabaja para una sola empresa, las probabilidades de una creciente especialización son mayores, dado que va familiarizándose paulatinamente con las realidades específicas de esta rama de la técnica y la producción y va conociendo las palabras con las que se designan. El caso del profesional libre que traduce textos de procedencia diversa es más complejo y no tiene solución satisfactoria porque resulta prácticamente imposible que pueda hacerse con conocimientos suficientes en varios sectores de la técnica e industria. Los que tienen que manejar diccionarios técnicos o de cualquier otra especialidad saben que no se puede esperar gran ayuda de estas publicaciones y ello por dos razones: por un lado, la mayoría de ellos resulta francamente anticuada por su fecha de publicación, y por otro, la tecnología avanza a pasos gigantescos creando nuevas realidades, nuevos procedimientos, nuevos materiales y, por consiguiente, nuevas palabras que son imposibles de recoger al mismo ritmo en los diccionarios especializados.

El peligro del subjetivismo

Si el traductor técnico no tiene que enfrentarse con los problemas estilísticos y metalingüísticos o los que plantea la función «icástica» del lenguaje, en términos coserianos, no está por ello a salvo de los peligros de subjetivismo interpretativo o de «refracción» como se suele designar en traductología. Hasta el traductor técnico no está exento del peligro de traducir un texto ambiguo llenando las lagunas o suplantando las deficiencias con

sus conocimientos personales. El traductor estará siempre obligado, por un lado, a permanecer fiel al texto que traduce, es decir, al autor, pero no siempre podrá evitar la tentación y hasta la necesidad de interpretar.

La mayor dificultad: el léxico

Por razones obvias, y haciendo ahora caso omiso de la necesidad de conocimientos específicos de la materia, las mayores dificultades lingüísticas de la traducción técnica se hallan en el ámbito léxico. Y no porque los autores de textos técnicos tuvieran unas ambiciones estilísticas neológicas destacadas, sino por dos razones puramente técnicas, es decir, intrínsecas: por un lado, los procesos y fenómenos que forman la materia de la mayoría de los textos técnicos son normalmente complejos y frecuentemente innovadores, con otras palabras, crean —como vimos— realidades nuevas para las que no existen las designaciones lexicalizadas y, o bien obligan a la creación de nuevos términos, o bien a la utilización de términos existentes en aplicaciones y acepciones insólitas. Por otro lado, esta misma circunstancia propicia la creación de voces solamente válidas y empleadas en una empresa o institución, sin transcender a otras y, por supuesto, sin aparecer en los diccionarios. El hecho de que las empresas de cierta envergadura hagan circular entre los empleados listados de términos técnicos usuales en su ámbito es suficientemente elocuente.

¿Qué hacer en estas circunstancias? También el traductor técnico debe navegar constantemente entre la Escila de la precaria fidelidad al original y la Caribdis de la atrevida inventiva neológica, entre rigor y creatividad, aunque no se trate de una creación artístico-literaria. ¿Qué solución, si el traductor se encuentra de repente con una palabra alemana como *Türorgel* en un texto del ámbito de la industria del frío? En una traducción literal debería

ponerse la voz «órgano de puerta» que naturalmente deja perplejo hasta el técnico experto. Como ocurre con frecuencia, los diccionarios, hasta los especializados, dejan al traductor en la estacada, ni los entendidos en la materia pueden revelar el misterio, hasta que el técnico del laboratorio de la misma empresa aclara que *Türorgel* es el nombre que ellos dan a un dispositivo para someter a pruebas de larga duración las puertas de frigoríficos; y ello, porque este aparato funciona de manera similar a los antiguos fuelles de los órganos de iglesia, abriendo y cerrando continuamente la puerta del frigorífico. El traductor no puede recurrir aquí a la mera adopción de la voz originaria ni a una adopción semántica dado que *órgano de puerta* no es aceptable para el oído hispano. Queda la perífrasis o la nota a pie de página como solución, que –como vimos– incluso es necesaria para el germanohablante.

Los recursos de creatividad léxica

Con ello ya hemos enumerado los recursos de creatividad léxica más usuales en la traducción técnica. Son por un lado, la adopción a secas, que ya abunda hasta en los textos no específicamente técnicos, por ejemplo, inglés *CD-Player* –alemán *CD-Player* o inglés *monitor* – alemán *monitor* – español *monitor*–. A estos préstamos puros se añaden las adopciones de nombres que son casi propios y que a menudo designan un invento de la empresa como ocurre con los términos *Aqua-fresh* y *Aquastop*, neologismos híbridos que se resisten a una traducción al idioma de llegada y se adaptan tal cual.

La adopción semántica o calco es el segundo procedimiento creativo y la experiencia muestra que el español se presta más fácilmente a este tipo de neologismo que a la adopción pura, todavía hay más hispanohablantes diciendo *disco compacto* que

compact-disc, y el que casi todos digan *elepe*, se debe al hecho de que no son conscientes de que están empleando la abreviatura de *long play*. El neologismo alemán *Pressostat* se hispaniza con cierta facilidad convirtiéndolo en *presóstat*.

Las palabras compuestas

Una de las dificultades más frecuentes que acechan al traductor de textos alemanes al español son las palabras compuestas alemanas, ante todo los sustantivos de 3 ó 4 elementos del tipo *Seitenwandmontagevorrichtung* o *Mindestwanddicken-vorgabe* que por la misma constitución del español y de los otros idiomas europeos no son traducibles en su literalidad estructural. La solución es una especie de desglose que aísla los elementos y los une por preposiciones: así el primer compuesto se convertiría en *dispositivo de montaje de la pared lateral* y el segundo en *preestablecimiento del espesor mínimo de la pared*. Salta a la vista la «pesadez» de estos desgloses desgraciadamente inevitables en las versiones del alemán al español y también a otros idiomas. Existe otro tipo de compuestos alemanes de aún más difícil traducción al español; son las formaciones tan queridas por los técnicos y publicitarios alemanes como: *atmungsaktiv*, *bügeltrocken*, *schränkfertig*, *umweltfreundlich*, *umweltfeindlich* y combinaciones similares para los que casi siempre queda sólo la perífrasis como única solución; se traducen respectivamente por: *permeable al aire*, *listo para planchar*, *listo para guardar en el ropero*, *favorable al medio ambiente*, *hostil al medio ambiente*, formulaciones que tienen además de su prolijidad y casi pedantería, la desventaja de resultar, a menudo, extrañas en el uso español, y, con ello, a menudo, malogran su cometido, sobre todo en textos técnicos publicitarios. A veces los compuestos alemanes proporcionan también satisfacciones inesperadas porque

suenan graciosos sin querer, como por ejemplo el tecnicismo *Schnüffelpriifung* que permite una doble interpretación como *examen de husmeo o fisgoneo* y como *prueba olfativa*, siendo esta última la acepción intencionada.

La sintaxis y la morfología

En comparación con los problemas léxicos, la sintaxis y la morfología de las traducciones técnicas en general y de las del alemán al español y viceversa presentan relativamente pocas dificultades. Y ello por dos razones: primero, porque los autores de textos técnicos no suelen tener una sensibilidad lingüística y estilística muy desarrollada y por consiguiente no elaboran sobremanera ni la estructura ni la belleza de la oración que además no es el cometido de un texto técnico, sus virtudes se sitúan en otros niveles. El único obstáculo que puede encontrar el traductor es la *obscuritas* por abuso de la elipsis y del anacoluto que suelen emplearse profijamente en los textos de esta índole. Si la elipsis va combinada además con una terminología de difícil acceso o simplemente desafortunada pueden surgir dificultades de transferencia adecuada. ¿Cómo se debe traducir, por ejemplo, la oración: *Humanisierung durch Verringerung der axialen Anpreßkraft*, sacada de un texto referido a un nuevo tipo de tornillo? En una traducción literal resultaría «humanización por reducción de la fuerza de apretadura axial». Evidentemente ni en esta oración ni en el texto del que procede se pretende volver al humanismo renacentista mediante la introducción de un nuevo tipo de tornillo, se trata únicamente de volver menos esforzado y cansado el trabajo del hombre que maneja los tornillos porque estos artilugios requieren menos fuerza de apretadura axial. Aquí el traductor debe ser doblemente creativo, primero interpretando y luego traduciendo.

El problema de las siglas

Otro problema, situado entre el estrato léxico y sintáctico, es el de las abundantes siglas y abreviaturas en los textos técnicos; a menudo no son de dominio público, sino de uso interno y sólo conocidas por sus propios creadores en el ámbito de la empresa. No son intraducibles por carencias de la lengua de llegada, sino por ser inextricables para el no iniciado ya en la misma lengua de origen. Aquí también los diccionarios abandonan al traductor porque las siglas en su mayoría no son del dominio común y queda únicamente el remedio de la consulta en la propia empresa.

La invariación en la traducción técnica

El término invariación se suele emplear en este ámbito de la traducción para designar lo que también podríamos llamar la fidelidad, el respeto del original o por lo menos el mínimo de divergencias y discrepancias entre la lengua original y la de llegada. No hace falta reincidir en la polifacética problemática que este deber conlleva.

Por razones obvias el grado de invariación de la traducción técnica debe ser lo más alto posible. Naturalmente se trata de una invariación referida al contenido y no a los aspectos estilísticos e «icásticos» del texto. Lo que espera el técnico de una traducción es evidentemente la mayor fidelidad posible al original porque de ello depende a menudo el éxito o el fracaso de la producción y de la venta de un artículo o del negocio entero. Y lo que exige el usuario de a pie, en el caso de las traducciones de instrucciones de uso, es la comprensibilidad de las instrucciones o explicaciones.

La tendencia «multinacional» de las empresas actuales no es aplicable solamente al ámbito económico e industrial, sino que corre parejas con el lingüístico. En el ámbito de la técnica se

observa una especie de «internacionalización» o universalización, también terminológica, que a menudo facilita la tarea del traductor. En grandes áreas del mundo actual esta internacionalización corresponde a una anglificación de los términos técnicos, que —como vimos— se adaptan luego a la morfología de la lengua de llegada.

A la vista de lo antedicho, cabe preguntarse si existen las «belles infidèles» también en el ámbito de la traducción técnica. Salta a la vista que desgraciadamente existen traducciones «infieles» —también los traductores técnicos cometen errores— pero precisamente en estas circunstancias distan mucho de ser «bellas»; tampoco es esta la finalidad ni de los textos técnicos ni de sus traducciones.

Final

La traducción bien hecha, es decir, la traducción realizada con rigor, debe ser la máxima aspiración de todo traductor y también del traductor técnico. Trabajar con rigor implica unos conocimientos lo más detallados posible del ámbito de la técnica del que procede el texto, significa la lectura de la bibliografía al respecto, consultas con los autores y visitas a las empresas, si fuera necesario. Rigor significa, igualmente, prevenir el peligro de la interpretación personal, de la «refracción» subjetiva y tener en cuenta el carácter finalista de cada traducción, es decir, la necesidad de que en cada caso se pondere la finalidad, el receptor y la utilización que se va a hacer de la traducción.

Traducción bien hecha significa también desplegar las capacidades creativas que se observan en primerísimo lugar en la sensibilidad idiomática del traductor al activar sus facultades semasiológicas y onomasiológicas y después en la potencia neológica y de formulación a la hora de transferir nuevas realidades del idioma de partida al texto de llegada.

Sin estas dos capacidades, sin rigor y creatividad a la vez, ningún traductor, ni el documental, ni el técnico y, por supuesto, tampoco el literario, puede cumplir debidamente su función de creador de puentes entre las comunidades separadas por barreras lingüísticas.

OBRAS CITADAS

Blanchot, Maurice, *Faux pas*, Paris, N.R.F., 1943.

Coseriu, Eugenio, «Lo erróneo y lo acertado en la teoría de la traducción», *El hombre y su lenguaje*, Madrid, Gredos, 1977, 214-239.

Enders, Horst, «Das jenseitige Auto», *Sprache im technischen Zeitalter*, 42, 1972, 165-183.

García Yebra, Valentín, *En torno a la traducción*, Madrid, Gredos, 1983.

Gide, André, *Divers*, Paris, Gallimard, 1931.

Mounin, Georges, «Le traducteur entre les mots et les choses», *Linguistique et traduction*, Bruxelles, Dessart et Mardaga, 1976, 43-50.

Taber, Ch.R. y E.A. Nida, *La traduction: théorie et méthode*, Londres, Alliance Biblique Universelle, 1971.